BRUNO EL TEJEDOR,

COMEDIA EN DOS ACTOS,

ARREGLADA AL TEATRO ESPAÑOL

POR

DON VENTURA DE LA VEGA.

Esta comedia ha sido aprobada para su representacion por la Junta de censura de los teatros del Reino, en 30 de Junio de 1849.

M. P. D.

MADRID.
IMPRENTA DE DON CIPRIANO LOPEZ.
Cava-baja, n.° 19, bajo.
Junio 1857.

PERSONAS.	ACTORES.
BRUNO.	*Don Julian Romea.*
ROQUE.	*Don Antonio de Guzman.*
DON LUIS.	*Don Pedro Sobrado.*
DON PRÓSPERO.	*Don Luis Fabiani.*
DON TOMÁS.	*Don Lázaro Perez.*
INÉS.	*Doña Matilde Diez.*
UN ESCRIBANO.	*Don Lorenzo Ucelay.*
ACOMPAÑAMIENTO.	

ACTO PRIMERO.

La escena es en Alcalá.—El teatro representa una sala: en el fondo una gran puerta vidriera que dá al gabinete.—Puertas y ventanas á uno y otro lado.

ESCENA PRIMERA.

DON PRÓSPERO. DON TOMÁS.

(*Don Próspero está sentado delante de una ventana, y mirando por ella: don Tomás está del mismo modo en la parte opuesta.—Ambos tienen puesto el sombrero, y hablan cada uno para sí.*)

D. Próspero. Qué buena huerta!... cuánta fruta!... cuánta hortaliza!...—Sí señor: gran bocado es este!

D. Tomás. Vaya una fábrica!... qué máquinas!... qué magníficos telares!

D. Próspero. No he visto finca mas hermosa!

D. Tomás. Es una herencia que ya, ya!

D. Próspero. Veremos qué dice el testamento. Yo tengo mis esperanzas de que el difunto no se ha de haber olvidado de mí.

D. Tomás. El bueno de don Bernardo no tenia mujer ni hijos... y algo me habrá dejado, como pariente.

D. Próspero. (*Levantándose y reparando en don Tomás.*) Beso á usted la mano.

D. Tomás. Beso á usted la suya.

D. Próspero. (*Ap.*) Si será otro pariente!

D. Tomás. (*Ap.*) Si vendrá este tambien, como yo, á ver si le toca algo!

D. Próspero. Aunque usted perdone, se me figura que

hemos venido juntos en la diligencia de Madrid.

D. Tomás. Efectivamente; yo he venido en la berlina...

D. Próspero. Y yo en la rotonda.

D. Tomás. Ya!

D. Próspero. Acaso viene usted tambien á presenciar la lectura del testamento de don Bernardo García?

D. Tomás. Justamente.

D. Próspero. (*Ap.*) Lo dije!

D. Tomás. (*Ap.*) Hola!... este es otro heredero presunto!

D. Próspero. Es usted pariente tambien?

D. Tomás. Sí señor... pero algo lejano... Yo he venido solo por la formalidad... no porque espere...

D. Próspero. Ya me hago cargo. Pero usted es García?

D. Tomás. Sí señor: Tomás García, profesor de cirujía-médica, y servidor de usted.

D. Próspero. Gracias.—Ya le he oido hablar al primo Bernardo... Usted viene de la rama materna... esos son otros Garcías. Yo vengo de los varones... Próspero García, para servir á Dios y á usted.

D. Tomás. Por muchos años.

D. Próspero. Yo me dedico á diversos géneros de especulaciones y de inventos útiles... Mi difunto primo me ha ayudado algunas veces con cantidades... Pero cómo usted, siendo médico, no ha venido á asistir al primo en su enfermedad?

D. Tomás. Ese es el peor medio que hubiera podido elegir para recomendarme á él. Médicos, eh?... no los podia ver. Ya conocia usted su carácter estravagante: estoy seguro de que no ha permitido que le asista ningun facultativo. Pero usted, que no tenia esa tacha, cómo es que no ha venido á acompañarle en sus últimos momentos?

D. Próspero. Porque es probable que tampoco me hubiera recibido. Lo mismo era nombrarle un pariente que ponerle una banderilla. Era hombre muy raro!—Las pocas veces que vine á verle, apenas me habló. «Le hace á usted falta algo? Que se lo dén, y vaya usted con Dios.»—Esto es lo mas que me hablaba; y al marcharme le oía decir entre dientes: «parientes, eh?... ya, ya!»

D. Tomás. Pues amigo, usted pariente, y yo pariente y

médico... poco podemos esperar: me parece que hemos hecho el viaje en balde.

D. Próspero. No tal: quién sabe. Porque en medio de esas estravagancias, no dejaba de socorrer, y... además, los parientes no somos muy numerosos. Fuera de nosotros dos, hay... primeramente su sobrino don Luis... un jovenzuelo elegante, gastador, mala cabeza... y que no era muy de su devocion...

D. Tomás. Ya; pero siempre es sobrino... parentesco mas cercano...

D. Próspero. Sí, algo puede que le haya dejado; pero tengo para mí que no será mucho.

D. Tomás. Hola! cree usted que no?...

D. Próspero. El pariente mas temible de todos es la Inesita... su sobrina carnal... hija de su hermano el brigadier...

D. Tomás. Qué disparate!—Pues no sabe usted que últimamente riñeron las dos hermanos?

D. Próspero. Qué me dice usted?

D. Tomás. Sí señor. Como era tan raro y estravagante, su hermano el brigadier que está de cuartel en Alcalá, y vive á dos pasos de esta fábrica, apenas venia á verlo... porque el tal brigadier es tambien por el estilo; tieso y duro como el demonio. Ya un dia, á ruegos de su hija, se resolvió á visitarlo; y el recibimiento que don Bernardo le hizo fué decirle cuando le vió entrar: «todavía no me muero.»—Amigo... pícase el brigadier, y hubo allí la de San Quintin!... por poco se matan. De manera que no se han vuelto á ver.

D. Próspero. Soberbio!—Pues los otros que han venido... don Cirilo... y don Jaime el agente, que me emplumen si sacan raja.

D. Tomás. Bueno! bueno!... (*Saca el reloj.*) Aun falta media hora para que salgamos de dudas.

D. Próspero. Quiera Dios que el escribano sea puntual.—Pero diga usted, mientras llegan, no podriamos entretener el rato con una copita?... El traqueteo de la diligencia abre un apetito...

D. Tomás. Yo no tomé mas que el chocolate, y no me vendria mal.

D. Próspero. Opina usted que pidamos un poco de Jerez? El difunto lo tenia escelente en la bodega!...

(*Mirando por la ventana.*) Precisamente veo allí á Bruno.—Hola, Bruno!... buenos dias.—Muy bien; y usted?—Me alegro mucho.—Diga usted, amigo Bruno: podria usted hacernos el favor de mandarnos dar un poco de Jerez y unos bizcochillos?—Bien, muchas gracias.—Ya lo va á traer.

D. Tomás. Quién es ese Bruno?

D. Próspero. Oh!... Bruno! era los pies y las manos del difunto.—Muy hombre de bien.—Entró de aprendiz en la fábrica, y con su inteligencia y su trabajo llegó á ponerse á la cabeza de todos. Luego tiene un carácter... así... como el que tenia su amo... por eso congeniaron tanto, que él tenia las llaves de todo y... en fin, era el amo.—Calle usted! pues Bruno es el único que puede haber olido algo del testamento!... á ver si le sonsacamos... Aquí viene.

ESCENA II.

DICHOS. BRUNO.

(*Bruno saca una bandeja con copas, botella y bizcochos, y la pone en la mesa.*)

Bruno. Dios guarde á ustedes.—Ahí está eso.

D. Próspero. Gracias, amigo Bruno.

D. Tomás. Gracias. (*Ambos se ponen á tomar vino y vizcochos.*)

Bruno. (*Ap.*) Gorrones!... Aquí se meten ya como en pais conquistáo!

D. Próspero. Conque, señor Bruno, hoy se muda de amo?

Bruno. Sigun y conforme!—Yo... á don Bernardo que esté en gloria, le servia... pero no por el interés ni nenguna cosa... eso ya lo saben tóos, y naide podrá decir sino que yo le servia... porque... aquel era un amo!... por qué se habia de haber muerto!... voto va San Pedro!... En fin, yo le he dado mi trabajo y mi sudor... y daria mi sangre por resucitarlo.—Ahora veremos á quién va á parar la fábrica; y sigun quien sea... me quedaré si me quiere... ó daré media vuelta y me pondré en el arroyo.—Pero mientras tanto y

no, por servirlo hasta lo último, aquí me he quedado al cuidáo de la fábrica... para que no se vuelva esto merienda de negros... y para hacer la entrega.

D. Próspero. Bravo! amigo Bruno!

D. Tomás. Muy bien hecho!

D. Próspero. Razon tenia el primo en depositar en usted toda su confianza! Yo haría lo mismo.

D. Tomás. Y yo!

D. Próspero. Y cuidado si el buen Bruno necesitaba cabeza para manejar este tinglado!... Ya es un mundo la tal fábrica!—Dígame usted... dígame usted... así... poco mas ó menos... en cuánto la tasaría usted?

D. Tomás. A ver?... en cuánto?...

Bruno. La fábrica?...

D. Próspero. Así... en globo...

Bruno. Oh!... la fábrica vale mucho dinero!

D. Próspero y *D. Tomás.* A ver?...

Bruno. Será cosa de... (*Calculando.*) Cá!... mucho mas!—Esta fábrica...

D. Próspero y *D. Tomás.* Cuánto?...

Bruno. Bien valdrá... unos... sí!—y puede que me quede corto... pero... (*Ap.*) Si esperan que yo se lo diga, ya están fresgos!

D. Próspero. No nos dá eso mucha luz...

D. Tomás. No ciertamente!...

D. Próspero. Pero si por una chiripa viniese á mis manos, nadie mas que el señor Bruno se pondria al frente de todo.

Bruno. Estimando la buena voluntad.—Yo ya conozco este manejo... y usted, sin agraviar á naide, lo echaría todo á rodar.

D. Tomás. (*Echándose otra copa.*) A mí lo que me gusta es la huerta y...

Bruno. (*Riendo.*) Eh! eh! eh!... y la bodega, eh?...

D. Tomás. Oh! este Jerez es muy estomacal!

D. Próspero. Pues hablaremos, señor Bruno... digo, siempre que...

Bruno. Ya!... siempre que sea usted el heredero.

D. Tomás. La cosa no es imposible.

D. Próspero. Alguno ha de ser!

Bruno. Ya se ve!

D. Próspero. Y usted no ha olido algo?...

D. Tomás. Siempre le consultaría á usted don Bernardo...

Bruno. El amo!... sí, sí!... bonito era él para consultar nada con naide!—Además que yo nunca me he metido...

D. Próspero. (*Ap.*) Este no nos dice nada!

D. Tomás. (*Sacando el reloj.*) Un cuarto de hora falta.

D. Próspero. Le parece á usted que demos una vuelta por el jardin?

Bruno. Eso es... allí verán ustedes á los demás parientes que están esperando tambien.

D. Próspero. Hasta luego, Bruno.

D. Tomás. Hasta luego.

Bruno. Vayan ustedes con Dios!

ESCENA III.

BRUNO. *Luego* ROQUE.

Bruno. Lástima sería que la fábrica fuese á parar á esos dos hambrones!—Qué sobones y qué curiosos son! Pues los otros... vaya unos muebles!...

Roque. (*Sale cantando.*)

Santo Cristo de la luz...
Señor de cielos y tierra...

Hola, Bruno!

Bruno. Qué contento vienes, Roque...

Roque. Porque vengo cantando?... y qué se ha de hacer! yo canto siempre, aunque esté echando los hígados.—Al grano. Los compañeros me han encargado el encargo de que venga por tí.

Bruno. Que vengas por mí... para qué?

Roque. Ya sabes lo que dice la doctrina... que el Señor descansó el domingo...

Bruno. Y qué mas?

Roque. Nada mas: que hoy es domingo, y nosotros, para descansar, nos hemos gobernado un cochifrito y otras menudencias... y nos lo vamos á comer junto al rio... allá á la tabla pintora... y hemos echado la cuenta, y faltabas tú... y queremos que vengas... y yo dije, digo, pues yo iré por él.

Bruno. Lo agradezco, Roque... pero no puedo ir con vosotros.

Roque. Vaya!... no andemos en riquilorios, Bruno!... Todo el dia solo, dando vueltas por la fábrica con los ojos tiesos... Mira que te pego un garrotazo para avisparte! —Te quieres tú tambien morir como el amo... para darnos otra pesadumbre?—Anda! vota va sanes!... y vente con los amigos!—verás qué cochifrito llevamos... y qué pellejo de moscatel! Anda, Bruno!

Bruno. Te digo que este domingo no voy... el domingo que viene será otra cosa.

Roque. Anda! vente!...

Bruno. Dale!... cuando yo digo que no voy, no voy.

Roque. Pero por qué no has de venir?

Bruno. Dime: te acuerdas del dia en qué se murió el amo? no os echásteis todos á llorar como unas criaturas?

Roque. Yo lo creo!... porque aquel...

Bruno. Porque aquel era un amo de lo que no se encuentra!—Pues bueno... yo tambien lloré... pero á mí me dejó encargado de todo... y como soy responsable de la fábrica hasta que se la entregue al heredero... mientras dure, no quiero perderla de vista. Hoy se va á leer el testamento, y en haciendo yo mi entrega, corriente y moliente!—Ahí ha venido una piara de parientes hambrones á ver lo que pescan. Así que los despache, listo! Ya teneis á Bruno como siempre... el primero á comer y á beber con sus compañeros.

Roque. (*Alargándole la mano.*) Toca: no hay mas que hablar.—Pero dime una cosa: y si despachas el negocio temprano... contamos contigo?

Bruno. Si despacho temprano... ya será otro cantar.

Roque. Bueno. Pues hasta las dos esperamos: te acomoda?

Bruno. Bien: si á las dos he despachado y he dado mis cuentas... andando con vosotros.

Roque. Y adónde están esos pegotes de parientes que dices?

Bruno. En el jardin. (*Mirando por la ventana.*) Míralos... por allí andan.

Roque. Calla! y es verdad!—Mira, mira qué recua! Voto va el diablo!... no es aquella?... sí, ella es, ó tengo telarañas... doña Inés!...

Bruno. (*Mirando con interés.*) Qué me dices!... y es

verdad! doña Inés ha venido!... mírala qué guapa!—Ay, Roque! si en vez de ser señorita... fuese así... una muchacha del pueblo... y... ya habia caido Bruno! pero como es usía!...

Roque. Y vaya!... cuánto palique trae con su primo don Luisito... el sobrino de nuestro difunto amo. Míalos... míalos cómo pelan la pava!

Bruno. Buen títere es el don Luisito!... pero lo que es doña Inés... no tiene el amo perdon de Dios si no le ha dejado un buen bocado... porque á mas de que lo merece... la pobre... ya se ve!... con el padre tan viejo... y sin mas que el sueldo... que no le pagan... y eso que dicen que ha sido un militar de lo poco!... y que tiene unas heridas!...

Roque. Ya! como que estuvo en la guerra!

Bruno. Y te acuerdas... antes de reñir con el amo... cuando venia á la fábrica todas las noches... cómo nos contaba sus campañas?... y aquella vez que lo perniquebraron de un balazo... así anda el pobre con aquella muleta.—Vaya! no puede menos que el amo se haya acordado de él á la hora de la muerte, y le haya dejado un pedazo de pan.

Roque. Puede ser: para todos alcanza y sobra. Pues digo: ahora que caigo en ello... Bruno!... sabes que el amo debia tambien en conciencia haberte dejado algo á tí?

Bruno. A mí?... Borrico!

Roque. A tí! á tí!—Pues si no hubiera sido por tí... vaya!... cuántas veces se hubiera llevado el diablo la fábrica. El amo ya no estaba para nada... y tú lo hacias todo.—Y aquel dia que se prendió fuego... si tú no te mueves... seculorum!... no quedan ni cenizas. Bien te chamuscaste... y por poco no sales vivo.

Bruno. Toma! y qué habia de hacer?

Roque. Bueno!... pero por esó digo, que aunque asomáras por un rincon del testamento... vamos al decir... que sería bien hecho.—Pues digo... si te dejára... ahí... unos... seis ú siete reales para mientras vivas... eh?... no sería malejo!... adios trabajo!... qué vida te darias, gandul!

Bruno. Anda, borrico, anda!... que viene gente... no digas mas barbaridades.

Roque. Viene gente?... pues me las guiño...
Bruno. No... aguárdate... que nos vamos juntos.

ESCENA IV.

DICHOS. DOÑA INÉS. DON LUIS.

D. Luis. (*Dándole el brazo.*) Aquí... aquí puedes descansar, querida prima.
Doña Inés. (*Soltando el brazo.*) Gracias, primo.—Oh! es usted, Bruno!
Bruno. (*Saludando.*) Señorita!... siempre criado de usted... y usted como siempre... tan buena y tan guapota!...
D. Luis. El buen Bruno!... el favorito del tio!...
Bruno. Para servir á usted, don Luis.
Roque. Y aunque sea descortesía, señorita... cómo está de salud su señor padre de usted?
Bruno. Es verdad!... siempre fuerte, eh?
Doña Inés. Así, así!... el pobre tan achacoso! Yo queria que me acompañase aquí,., pero no ha consentido: á la puerta me dejó... y se fué, saltándosele las lágrimas!
Bruno. Qué demonio de mundo!... ya se ve... como ocurrió aquella desazon... Bien sabe Dios que no dejé de trabajar con el amo... pero nada!... con aquel genio!... y es lo único en que me ha dejado feo.—Pero, Dios mediante, yo espero... él era así, desabridote, Dios lo haya perdonado... pero buen corazon... y vamos... se me figura que á la hora de la muerte lo habrá enmendado...
D. Luis. (*Con curiosidad.*) Hola!... conque... usted cree...
Bruno. No señor... pero... yo me entiendo y bailo solo... porque...—Conque... (*Despidiéndose.*) Con su permiso de usted, señorita... voy á la obligacion... (*A doña Inés, en confianza.*) Buen ánimo!... Dios querrá...
Doña Inés. Gracias, querido Bruno!
Bruno. (*Ap. gozoso.*) Huy!... su querido Bruno! bendita sea esa boca!...
Roque. Vienes, ó no vienes?
Bruno. Allá voy.—Conque... hasta luego... (*Ap.*) Ay!

sino fuera usía!... (*Se retira mirándola y tropieza con Roque.*) Anda, hombre!

ESCENA V.

DOÑA INÉS. DON LUIS.

D. Luis. (*Ap.*) La ha hablado al oido!... este sabe algo.—Qué es eso, prima? parece que te has quedado parada?

Doña Inés. No; pero he venido aquí de mal humor. La conversacion que oía en el jardin me estaba repugnando... por eso me marché. Y esos se llaman parientes! calculando ahí con la mayor frescura cuánto valdrá esto, cuánto valdrá aquello... y si la huerta tiene noria... y si... válgame Dios!... repartiéndose ya la herencia como lobos... Jesus! qué gente!

D. Luis. Qué quieres, prima!... la educacion... no ves qué maneras tienen... y qué fachas...—Yo no he venido mas que por ceremonia... al fin soy pariente... pero como no lo necesito... Si me tocára algo, confieso que me alegraría, por...

Doña Inés. Yo por mi pobre padre!

D. Luis. (*Ap.*) Y yo por mis acreedores.—Pero tú, primita... vamos, francamente... algo sabes tú de...

Doña Inés. Yo, ni una palabra...

D. Luis. (*Ap.*) Y se sonríe!... vaya, parte le toca: Bruno se lo ha dicho... y esta es ocasion de armarme.—Esta primita!... queriéndola yo tanto... y se pasan años sin vernos!

Doña Inés. Cosa muy sencilla: tú vives en Madrid metido en el gran tono... y yo en Alcalá con mi padre.

D. Luis. Pues es un horror que estés aquí enterrada.

Doña Inés. Y qué quieres! No tenemos mas que el sueldo de retirado... y con el sueldo no se vive en Madrid.

D. Luis. Pues no hay consuelo para eso: tú debias brillar en la córte... y darias envidia á todas.

Doña Inés. Vaya!... se te conoce el trato de Madrid: cada dia estás mas galante!

D. Luis. Es que tú cada dia estás mas hermosa! (*Ap.*) Digo, y ahora con la herencia!...

Doña Inés. (*Riendo.*) Vamos!... no quieres en estas ho-

ras que te alejas de la córte, perder la costumbre de decir flores...

D. Luis. (*Con sinceridad afectada.*) No... no lo creas!... no soy yo de los que prodigan requiebros.—Oh! bien sé yo que la felicidad... la verdadera felicidad no consiste en coquetear con todas, sino en agradar á una sola.—Ay! Prima!... soy ya muy otro! Esa vida de calavera... esa sociedad... no tiene ya para mí los atractivos que tú te figuras!

Doña Inés. Hablas de veras?

D. Luis. Como lo estás oyendo.—Ay! prima!... yo busco un corazon que comprenda el mio... En fin, estoy cansado de la vida de soltero... de esta vida monótona y disipada... y quiero casarme.

Doña Inés. Casarte tú!... (*Ap.*) No hay duda: mi primito ha creido que yo soy la heredera.—Pues, primo mio, nada!... debes realizar ese feliz pensamiento... es muy moral, y muy...

D. Luis. Sí... pero no es cosa tan fácil... porque yo quisiera encontrar... una mujer... una mujer así... no de esas que hay... sino...

Doña Inés. Ya!

D. Luis. Sino... una mujer hermosa... amable... de talento...

Doña Inés. Ya!...

D. Luis. Sencilla... virtuosa...

Doña Inés. Ya, ya!

D. Luis. En fin... una mujer... como tú!

Doña Inés. (*Ap.*) No lo dije!—Ay! primo!... me haces demasiado elogio!...

D. Luis. No tal!

Doña Inés. Sí tal! Las prendas que tú buscas en mí... aun no sabes si las tengo... ni lo sabrás... hasta que se lea el testamento.

D. Luis. Cómo, prima!... puedes sospechar?...

Doña Inés. (*Riendo.*) Aguarda un ratito... y entonces me dirás requiebros con conocimiento de causa.

D. Luis. Estás en tí!... (*Ap.*) Pues no creo que va descaminada.—Hola! ya vienen aquí todos... llegó el momento crítico.

ESCENA VI.

DICHOS. BRUNO. DON PRÓSPERO. DON TOMÁS. OTROS PARIENTES. EL ESCRIBANO.

Escribano. Me parece que en cuanto á puntualidad...
D. Próspero. Sí, sí; es usted un modelo.
D. Tomás. Vamos, vamos á despachar.
Escribano. (*Saludando á doña Inés y á don Luis.*) Señorita y caballero, soy de ustedes como debo.
Bruno. (*Ap. á doña Inés.*) Señorita, que salga como yo deseo y como usted se merece.
D. Luis. Ea, qué esperamos?
D. Próspero. Nada; aquí estamos todos.
Escribano. Pues señores, por mí no haya demora.
Bruno. Si ustedes quieren pasar al gabinete...
Escribano. Vamos allá. (*Don Luis dá la mano á doña Inés: todos entran en el gabinete del fondo y se sientan al rededor de una mesa. Bruno se queda en el proscenio.*
Bruno. Andar, andar á ver á quién le toca la breva! Qué caras tienen... y don Próspero con tanta boca abierta, parece que se quiere tragar al escribano con testamento y todo. Bien le decia yo al amo: por qué diablos no se casa usted?... ahora tendria un hijo á quien dejarle todo esto, y no vendrian esos zánganos...
Escribano. Empiezo, señores, con licencia de ustedes.—(*Lée.*) «En el nombre del Padre, del Hijo, etc. Yo don Bernardo García, natural, etc.: hallándome en mi cabal juicio declaro que por el presente instituyo y nombro heredero universal de todos mis bienes, al dependiente mayor de mi fábrica Bruno José Fernandez.—
Todos. Á Bruno!...
Bruno. A Bruno... á mí... á Bruno!... (*Bruno está como alelado.—Los parientes se levantan y rodean al escribano con mucha algarabía; este les enseña el testamento para que se cercioren.*)
Bruno. Yo estoy durmiendo y esto es una pesadilla. (*Se pellizca.*) A ver si despierto... Es esto verdad... á mí la fábrica... y todo lo del amo!...

. *Luis.* (*Viniendo á la sala y dando la mano á Bruno.*) Don Bruno!...

runo. (*Ap.*) Calla, ya soy don!

. *Luis.* Doy á usted la mas cordial enhorabuena. Mi tio ha hecho un acto de justicia.

runo. Pero es de veras?...

. *Luis.* Sí, amigo mio; todo es de usted, y me alegro en el alma del chasco que se han llevado esos majaderos.

. *Próspero.* (*Viene al otro lado.*) Oh, señor don Bruno!

runo. (*Ap.*) Ea, ya soy señor don!...

. *Próspero.* Ese hombre debe estar en la gloria, aunque no sea mas que por este rasgo de justicia!

runo. Conque no hay duda?

. *Próspero.* El testamento está en toda regla; usted es dueño de todo.

runo. Vamos, yo estoy lelo!

. *Luis.* Usted debe fijar su residencia en Madrid, y allí yo le pondré á usted al corriente en cuatro dias; le llevaré á las sociedades...

. *Próspero.* Si usted pone casa, cuidado no le engañen... yo entiendo de eso... yo le dirigiré á usted...

runo. Muchas gracias, señores, ya avisaré...

. *Luis.* Pues hasta la vista.

. *Próspero.* Hasta la vista.

runo. Vayan ustedes con Dios.

. *Próspero.* (*Dirigiéndose á los del gabinete.*) Caballeros, nos vamos? (*Los parientes van saliendo y dando la enhorabuena á Bruno.*)

runo. Vaya, y yo pensé que me iban á armar aquí un escándalo!... pues parecen muy guapos estos dos... (*Saludando á los que salen.*) Vivan ustedes mil años; vayan ustedes con Dios...

. *Tomás.* Amigo don Bruno, ya sabe usted mi profesion; soy médico... Celebraré poderme emplear en servicio de usted.

Bruno. Gracias por la buena voluntad.

Escribano. Nada digo; ya sabe usted la escribanía... si ocurre otra cosa así...

Bruno. Estimando, don Geromo. Es mucha cosa esta!... Conque, vamos al decir, yo estoy aquí en mi casa... todo esto es mio!... (*Dando con la mano en las paredes y en los muebles.*) Esto es mio... (*Sentándose en

todos los sillones.) Estas sillas son mias... aquí n
manda naide mas que yo!... yo solo!... (*Viendo sali*
á doña Inés.) Ay!... (*Conteniéndose.*) Doña Inés... y
no me acordaba!...

ESCENA VII.

DOÑA INÉS. BRUNO.

Doña Inés. (*Saliendo.*) Ya ve usted, Bruno, cómo no h
salido su pronóstico.—Pero mi tio ha hecho bien: á s
celo de usted debia toda su riqueza, y ha querido pa-
garle. Le doy á usted la enhorabuena... y bien sab
Dios que se la doy de corazon!

Bruno. Señorita...

Doña Inés. Adios, Bruno; felicidades.—Voy á buscar
mi padre, que me estará esperando.—Adios, Bruno

Bruno. Señorita, no se vaya usted tan presto; yo qui-
siera... y no sé cómo... pero...

Doña Inés. Qué quisiera usted, Bruno?

Bruno. Qué sé yo... nada... pero yo, vamos, lo dicho
yo aquí donde usted me ve, señorita, estoy apesadum
brado; y, la verdad, no quisiera verla á usted mar-
charse... qué diablo, yo no tengo la culpa de esto, se
ñorita, y quisiera pedirla á usted perdon.

Doña Inés. Pedirme perdon, Bruno... y de qué?

Bruno. De qué? Mire usted: cuando se lo oí leer al es
cribano y vi salir á todos esos gandules, juro á Dio
que me alegré, y me puse mas contento que todas la
cosas juntas. Pero en cuanto la he visto á usted, doñ
Inés, me ha dado una ira de verme alegre, que mir
usted, me hubiera pegado de calamorrazos; sí señora
porque veo que usted lo siente, señorita.

Doña Inés. Yo! se equivoca usted, Bruno.

Bruno. No digo yo que sea por mí, pero apostemos alg
bueno á que se ha acordado usted de su padre, qu
anda el pobre así... tan atrasado, y eso la ha hecho
usted llorar; sí señora, á la vista está... usted ha llo-
rado; pues qué, soy yo ciego?

Doña Inés. (*Enternecida.*) No, Bruno.

Bruno. (*Con calor.*) Pues usted no se ha de ir así: n
faltaba mas, canario!... La parte de la herencia qu

le corresponde, se la ha de llevar usted. No eran hermanos?... pues la mitad... la mitad es para usted.

Doña Inés. Bruno!...

Bruno. Yo no la quiero; digo que no la quiero.

Doña Inés. No hablemos de eso, Bruno; todo es de usted.—Mi tio lo ha querido así, y nadie tiene derecho de oponerse á su voluntad.

Bruno. Cómo que oponerse! Pues yo me opongo? Vaya, quién me ha de obligar á mí á tomarlo todo, si yo no quiero ni me dá la gana? El testamento dirá lo que quiera, pero yo digo que eran hermanos, y en ley de Dios la mitad es de usted; y si yo me la guardo soy un ladron. Vaya, se la figura á usted que yo habia de consentir en ser rico, y verla á usted pobre... está usted fresca! Don Bernardo, que esté en gloria, cuando escribió eso no estaba en su juicio; y yo que le regañaba en vida y enmendaba sus torpezas, tambien quiero enmendárselas despues de muerto, y puede que allá en la otra vida me lo agradezca!—Vamos, doña Inés, tome usted su parte, no haga usted desesperar al pobre Bruno; tome usted su parte!...

Doña Inés. (*Conmovida.*) Bruno, yo le he tenido á usted siempre por hombre de bien; pero no me figuré que abrigase usted un corazon tan grande y tan hermoso! Agradezco en el alma, amigo mio, ese rasgo de generosidad.—La delicadeza me manda rehusar esa oferta; pero crea usted que su noble accion quedará aquí grabada toda mi vida.

Bruno. No quiere usted? Pero por qué? por qué?... Perdóneme usted si la he avergonzado, si la he faltado al respeto; yo no sé hablar, ni decir las cosas con finura. Yo soy un pobre Juan Lanas, señorita, y ya se ve, como soy así, usted tiene á menos el recibirlo de mí, y por eso me desprecia.

Doña Inés. Yo despreciarlo á usted, Bruno! Por Dios, no me aflija usted mas; lo que usted acaba de hacer lo ennoblece á mis ojos; pero no se canse usted, lo que me propone es imposible.

Bruno. Imposible!

Doña Inés. Sí; en el mundo hay consideraciones que es indispensable guardar.—Además ya conoce usted á mi padre; su amor propio se ofenderia y no habria poder en el mundo que le hiciese aceptar unos bienes que

deben recordarle la ingratitud y el despego de su hermano.

Bruno. Pero, válgame Dios, señor, válgame Dios! Y no hay camino de que usted se lleve lo que le corresponde, lo que es suyo? Pues yo no me quedo con ello; primero lo destrozo, primero lo pego fuego.

Doña Inés. No hay camino, Bruno: no se canse usted, no hay ninguno.

Bruno. No hay ninguno? (*Ap. mirándola.*) Vaya si hay; yo bien sé que hay... pero cuándo he de tener ánimos!... y se van á ver en la miseria, pidiendo limosna... allá voy; maldita sea mi cortedad.—Señorita, yo soy un hombre de bien y siempre voy por el camino derecho; conque no se enfade usted, pecho al agua. Señorita, usted está pobre; cómo ha de ser!... usted está pobre y mereciera tener mas millones que caben aquí; pero usted quiere mucho á su padre, no es verdad?... pues bueno; quiere usted que le diga un medio para que el pobre viejo reciba sin decir palabra la parte que le toca? Pues ese medio es... (*Deteniéndose con empacho.*) Vaya, aunque me maten no se lo digo!

Doña Inés. Diga usted, Bruno, yo no adivino...

Bruno. Señorita... yo tengo treinta años, soy hombre de bien, sé leer y escribir y punto redondo; pero lo que se pueda aprender yo lo aprenderé, haré lo que usted me mande, seré un esclavo de usted y de su padre; en fin, señorita, quiere usted casarse con Bruno?— Ya lo solté... no se enfade usted, señorita, yo siempre por el camino derecho.

Doña Inés. Bruno, esa proposicion hecha así...

Bruno. Es un trabucazo, ya lo veo; y si no fuera porque urge poner remedio á lo que ha hecho el difunto, yo no hubiera dicho esta boca es mia; y eso que cada uno tiene su alma acá dentro y pasa lo que pasa. Pero tiene usted un padre viejo, y para que el pobre lo disfrute no hay otro camino. Conque usted dirá... esto es, á menos que el remedio no sea peor que la enfermedad!...

Doña Inés. Qué dice usted, Bruno!

Bruno. Qué he de decir!... que la herencia no me ha de haber vuelto bonito; soy lo mismo que era, y así es, señorita, que yo no la pido á usted que me quiera... eso no puede ser... mas adelante quién sabe!... si yo me doy maña puede que algun dia llegue á merecer

un poco de cariño; en fin, señorita, acordémonos del pobre viejo, y nada mas.

Doña Inés. (*Ap.*) Ah!... tiene razon; mi pobre padre!...

Bruno. No me responde usted nada? Ya se ve, le cuesta á usted trabajo resolverse á hacer este sacrificio; pero vamos, cómo ha de ser; anímese usted y consuélese pensando que el pobre Bruno aquí donde usted lo ve, no ha soñado nunca otra felicidad mas grande...

ESCENA VIII.

DICHOS. ROQUE.

Roque. (*Sin ver á doña Inés.*) Bruno, se acabó ya ese negocio? Vamos á comer el cochifrito...

Bruno. Aguarda, aguarda.

Roque. (*Viendola.*) Ah!—Dios guarde á usted, doña Inés.

Bruno. (*A doña Inés.*) Conque, señorita, aquí tiene usted á Bruno esperando su sentencia; no me dice usted nada?

Doña Inés. Ah!... sí; su generosidad de usted merece una respuesta...

Bruno. Y qué respuesta?... qué respuesta?

Doña Inés. (*Alargándole la mano.*) Bruno, pídasela usted á mi padre.

Bruno. Ah! (*Cae de rodillas besándola la mano.*)

ESCENA IX.

BRUNO. ROQUE.

Roque. Calla! ya adivino lo que anda... lo que yo dije... te ha dejado el difunto los siete reales diarios?

Bruno. (*Loco de gozo.*) Qué siete reales!... todo es mio, Roque; todo es nuestro... ya no soy pobre, ya no eres tú pobre, ya no es nadie probre... soy heredero universal, y me ha dicho que la pida á su padre.

Roque. Estás en tú juicio, Bruno!... heredero universal?...

Bruno. Sí, Roque, sí; vamos á buscar á los compañeros... yo pago el cochifrito... y el moscatel... todo, todo... y luego, luego voy á pedírsela á su padre... no es verdad?... así ha dicho! no lo has oido tú?... sí, tú lo has oido... dime que lo has oido...

Roque. Sí tal... así lo ha dicho...

Bruno. Sí, sí lo ha dicho... abrázame, Roque, abrazáme... (*Lo abraza con estremos de alegría, y se va con él.*)

Cae el Telon

ACTO SEGUNDO.

La escena es en Madrid.—El teatro representa una sala adornada con suma elegancia y lujo.—Puerta en el foro que dá á la antesala: otra á la izquierda que conduce á lo interior: balcones á la derecha.—Un velador con juego de café.—Sofá, sillones, etc.

ESCENA PRIMERA.

DON PRÓSPERO. CRIADOS.

(*Los criados disponen, bajo la direccion de don Próspero, el servicio para tomar café, colocan las sillas, etc.*)

D. Próspero. Eso es... ahí las sillas... Bien... que esté listo el café para cuando yo avise. Vayan ustedes á continuar sirviendo á la mesa. (*Vanse los criados por la izquierda.*) Vaya, que no lo hago mal! No debe pesarle á don Bruno haberme nombrado mayordomo. Y si yo no ando listo... ya se ve, se hizo esta boda en un abrir y cerrar de ojos!... El padre no queria por temor de sacrificar á su hija; pero ella se empeñó, y á todos nos ha venido bien. El bueno de don Bruno estaba loco por la niña... yo tengo mis veinte reales diarios, casa, mesa, ropa limpia... en fin, como el pez en el agua!—Doña Inés, como tiene ese talento y esa gracia, en todo está... Vamos, parece que toda su vida ha sido rica y ha tenido casa... Pero lo que es don Bruno... (*Se rie.*) ah, ah, ah! qué cosas hace!... en los seis meses que lleva de señor, todavía no ha podido desasnarse, á pesar de que su mujer no le deja pasar una.—Y qué habia de suceder!... pasar de criado á amo... así, de repente... el que no está hecho á bra-

gas... así es que á cada paso todos tienen que ponerse el pañuelo en la boca para que no-los vea reir... Ah, ah, ah! pobre don Bruno!—Calla, aquí viene... cómo se ha levantado de la mesa!

ESCENA II.

DON PRÓSPERO. BRUNO. *Luego* DOÑA INÉS.

(*Bruno sale por la izquierda muy incomodado: está vestido de moda, y trae la servilleta al ojal.*)

Bruno. (*Sin ver á don Próspero.*) Maldita sea la córte y el buen tono!... (*Tira con rabia la servilleta en una silla.*)

D. Próspero. Mal humor trae! qué será?

Bruno. Por mas que pongo todos mis cinco sentidos, nada! siempre la he de...—Hola, don Próspero!

D. Próspero. He venido á hacer disponer aquí el café para despues de la comida.

Bruno. Bien.

D. Próspero. Quiere usted algo?

Bruno. No señor.

D. Próspero. Ahí viene la señora. (*Vase.*)

Bruno. Mi mujer!

Doña Inés. (*Saliendo por la izqnierda.*) Qué es eso, Bruno... qué tienes?... por qué te has levantado de la mesa?

Bruno. Por nada, Inesita... es que ya no tengo mas hambre.

Doña Inés. Pero ya te tengo dicho que eso no se hace; y tú que aprovechas bien las lecciones que te doy...

Bruno. Que aprovecho!—Sí, ya baja! eso me lo dices por animarme... pero no cuela; y por mas que me quiebro la cabeza para aprender las *buenas maneras*, nada, no me entran.

Doña Inés. Ya las irás adquiriendo, querido Bruno: tú pon cuidado, y verás como insensiblemente...

Bruno. (*Con tono de incredulidad.*) Nequaquam!

Doña Inés. Te digo que sí.—La prueba es que ya no eres el mismo que eras cuando nos casamos. Te falta muy poco que hacer, y debes continuar hasta perfeccionarte.

Bruno. Tú dirás lo que quieras; pero yo estoy seguro de que siempre seré un patan... y que á lo mejor descubriré la hilaza... Qué quieres! la cabra siempre tira al monte... y ya es viejo Pedro para cabrero. Vaya! en mi vida aprendo yo todos esos prifiles que aquí se gastan...

Doña Inés. (*Sonriendo.*) Perfiles.

Bruno. Es verdad... perfiles... Esta palabra siempre la destripo... por mas que me lo avisas. Si no me puedo acordar!...

Doña Inés. No te impacientes. Eso es obra del tiempo.

Bruno. Qué tiempo!—Cuando las cosas no vienen así... de sopeton...—Mira como para quererte á tí no necesité tiempo: fué cosa de un minuto: te vi... y ya supe quererte!

Doña Inés. Hola! qué tal?... Mira si adelantas. Me has dicho una galantería de esquisito gusto!

Bruno. Qué galantería!... eso es porque me sale de adentro.—Pero dime, Inesita, por fuerza habré hecho muchas barbaridades en la mesa... digo, porque noté que todos se reian. Lo que no entiendo es por qué se reía tanto el primo don Luis cuando os eché vino... pues yo bien llené los vasos hasta arriba.

Doña Inés. Eso fué justamente lo malo. A las señoras no se les echa sino muy poco vino de cada vez.

Bruno. Pues ellas bien se lo bebieron... yo lo hacia porque tuvieran racion para un rato. Pero en fin, si me dices que es mal hecho, no lo volveré á hacer... les echaré un dedito.—Ah! tambien se rieron porque me levanté á dar un plato limpio á doña Baltasara.

Doña Inés. Tambien fué mal hecho. Eso debe hacerlo el criado.

Bruno. Conque hubiera sido mas político dejarla esperar á que viniera Pedro de la cocina? Eso es otra cosa.—Lo mismo que reirse porque á doña Lorenza le serví un pollo con tomate.

Doña Inés. Pero un pollo entero!...

Bruno. Es que yo sé que tiene buen diente... mira cómo se lo comió todo!—Otras veces la he visto repetir, y por eso...

Doña Inés. (*Con tono cariñoso.*) Mira, querido Bruno, hay mil cosillas que así al pronto no parecen nada,

pero que chocan en sociedad, porque admiten tal vez cierta interpretacion ofensiva... ó poco favorable. Por ejemplo: nada significa en realidad el remangarse los puños para comer; pero...

Bruno. (*Bajándoselos aprisa.*) Por vida del demonio! todavía los tengo!—Es porque siempre me los mancho de grasa... pero no lo haré mas; que se manchen.—Y puede que fueran por esto las señas que me hacias... y yo me volvia loco.

Doña Inés. Sí, Bruno, por eso eran.

Bruno. Voto va sanes!... y yo cada vez me las arremangaba mas!—Pobre Inesica! cuánto te haré padecer con mis gansadas!... Vamos, me lleva Satanás!

Doña Inés. Quieres callar, y no impacientarte por tan poca cosa?—Cuando te digo que adelantas mucho, y que otros en tu lugar serían mucho mas torpes...

Bruno. Esa es grilla!

Doña Inés. Te digo que no.—Y además, no te basta que yo esté contenta?

Bruno. Si me basta?... Vaya!—Como tú estés contenta, Inesica mia... se me dán dos cominos de las risas del primo don Luis y de los cuchicheos de esas madamitas... tan espetadas... y con unos quiebros... y unos gestos, que tambien me hacen reir á mí.—Todas esas burlas son porque se comen de envidia!... los hombres porque soy tu marido, y las mujeres porque eres mas guapa que ellas.

Doña Inés. No digas tal cosa!—Pero mira que van á estrañar en la mesa... vamos al comedor.

Bruno. (*De mala gana.*) Si tú quieres, vamos.

Doña Inés. No: si te haces violencia, quédate; yo daré una escusa... diré que te sentías indispuesto.

Bruno. Sí, sí!... mejor es eso.

Doña Inés. Ves? eso tiene de bueno la sociedad: cualquier cosa le choca... pero con cualquier cosa se la satisface. Adios, Bruno. (*Le dá la mano y se va.*)

ESCENA III.

BRUNO.

Qué alhaja es mi Inés... Dios la bendiga!... cómo suda

ella para amaestrarme... y qué trabajo le cuesta meterme en los trotes... y vaya usted, despues de ver esto, á darla á entender que esta vida me revienta... y que daria un dedo por volver á la antigua!—Vaya! Dios me libre!... y luego, que yo, al casarme, le ofrecí hacer siempre su gusto... y pulimentarme... y volverme otro.—Vaya si se lo ofrecí!... Pues dígole á usted que no deja de tener sus contras el ser rico! Nunca me lo hubiera figurado... allá... cuando trabajaba en la fábrica... Entonces no tenia que andar con esos prifiles... cuando nos ibamos á comer el cochifrito al rio... y á bebernos un pellejo de moscatel!... Allí nos tendiamos en la yerba, y con los cinco mandamientos... hí! hí! (*Riendo con gozo.*) y un vaso para todos!...—Cuántas tengo corridas con aquel Roque!... Qué buen Roque!... cuando le veo... vaya!... me remozo!—Qué tiempos aquellos! (*Óyese ruido en la antesala.*)

ESCENA IV.

BRUNO. ROQUE *y* UN CRIADO.

Roque. (*Atropellando al criado.*) Vaya usted á los infiernos!

Pronunciado *Criado.* Le digo á usted que no está visible el amo.

Bruno. Roque!

Roque. Qué no está visible!... Pues digo, yo bien le veo.

Bruno. (*Al criado con enfado.*) Juan! quiere usted hacer el favor de dejarlo entrar?—Vaya!—Y tengan ustedes entendido que el señor puede entrar aquí á todas las horas del dia y de la noche.—Mi querido Roque!—Cuidado que vuelva á acontecer; porque os pongo en mitad del arroyo. Andaisus ahora á roncar en la antesala. (*Vase el criado.*)

Roque. Así me gusta!... duro!—Tunantes! Es que hace mas de una hora que me estoy ahí de pie drecho! para mi genio que no puedo estar parao!—Tóo era decirme esos zánganos... «que el amo está comiendo...» pues maldecíos! anque fuera un liongábalo... pa comer tanto!... Conque ya cansao, me iba á colar... y ellos me agarraron. Conque entonces lo sacudí á uno de ellos una puñáa que lo tumbé contra un banco... y

al otro le arrempujé.—(*Dándole la mano.*) Conque yo tan güeno... y tú? vaya, me alegro.—La parienta tan guapa?

Bruno. Mi bueno de Roque!—Hombre, que lo creas, que no lo creas... ahora mismo estaba pensando en tí.

Roque. De veras? Vaya! señal que las pesetas no te han dao fantesía.—Pues mira, si quieres que te dé un consejo... te digo que pongas en mitad de la calle á todos esos bergantes que tienes ahí á la puerta, porque no hacen mas que estarse burlando de tí, y contando las gansadas que haces... y otras cosas.

Bruno. Qué decian? qué otras cosas?

Roque. Qué otras cosas? Na. Mejor es dejarlo.—Conque, y la parienta... buena, eh? me alegro.—Y su padre?... tan fuerte? lo celebro. Adónde está... le daré las buenas tardes.

Bruno. (*Riendo.*) Póco á poco, hombre! Pues no sabes que se fué á vivir á nuestra quinta... junto á Alcalá?

Roque. Toma!... ya decia yo!... á él no le podia gustar esta vida.—Él ha sido soldado...

Bruno. Y si vieras qué ganas se me pasaron de irme con él. Pero mi mujer queria que nos distalásemonos aquí.

Roque. Ay!... vaya un término revesao!... nos distalásemonos... Cómo hablas ya, hombre!

Bruno. (*Riendo.*) Anda!... búrlate ahora tú!

Roque. No... yo no me burlo. Por fuerza, en mudando de vida, hay que mudar de términos. Digo... mírame á mí.—Dende que me enviaste aquellos cuartos, dije yo: para ir á verlo, tengo que llevar levosa... conque me dijeron que ahí en frente de Santo Tomás lo habia todo... muy primoroso... conque me fuí allá y me equiparon... mira... y los calzones con trabas... así puedo venir á verte, sin que tengan que reirsen...

Bruno. Bien hecho. Y lo que quiero yo es que dejes de una vez la fábrica y te vengas aquí á vivir con tu amigo Bruno.

Roque. Y á santo de qué?

Bruno. A santo de que soy rico y quiero que tú lo disfrutes.—Roque, eres mi amigo?... ó no eres mi amigo?

Roque. (*Alargándole la mano y dándole una palmada.*) Toca ahí.—Porque soy tu amigo no me dá la gana de vivir á tus costillas... para poder siempre decirte la

verdad. Cuando quieras convidarme á un par de copas... corriente. Pero dejar yo mi trabajo y mi libertad?... No señor.

Bruno. Roque, no seas vanidoso porque eres pobre.—Vamos, borrico!... vente á vivir conmigo!

Roque. Dale! te digo que hablemos de otra cosa.—Ya sé que hoy tienes convidaos... y que aquí los vas á convidar á café. Yo tambien me quedo á tomar mi taza... verás yo con qué pulítica...

Bruno. (*Con temor.*) Cuidao, Roque! no hagas alguna que sea sonada! mira que el tomar café es de lo mas peliagudo...

Roque. Ba, ba! Ya verás. Calla! ahí vienen ya. Mira qué fachas!...

Bruno. (*Ap.*) Dios le tenga de su mano!

ESCENA V.

DICHOS. DOÑA INÉS. DON LUIS. DON PRÓSPERO. *Convidados, criados.*

Doña Inés. Aquí tomaremos café.

D. Luis. (*Ap.*) Nunca puedo pillarla sola! Si á lo menos hallára ocasion de darla esta carta!

Roque. (*Llegándose á doña Inés.*) Dios guarde á usted, doña Inés!... y compañía. (*Saludando á todos.*) Cómo va ese valor? tan guapota siempre!—Dios guarde á ustedes, señores y madamas.

Bruno. (*Ap. á Roque.*) Basta de saludos, hombre!

Doña Inés. Viene usted á tomar el café con nosotros?... celebro mucho...

Roque. No haré mucho gasto... mi taza y mi copa... habrá copa?

Bruno. (*Conteniéndolo.*) Sí, hombre, de lo que quieras.

Doña Inés. Pedro, sirva usted. (*Todos se sientan: doña Inés, don Luis y los convidados á un lado: Bruno y Roque á otro. Don Próspero cuida de que se sirva el café.*)

Roque. (*Cogiendo una taza.*) Pedro, sirva usted aquí. (*Hace que le sirvan el primero.*) Anda, anda mas... el platillo tambien.—Calla! este es el que llevó la puñáa!... (*Alargándole la mano.*) Perdona, hombre! (*Se

va solo á una mesa donde está Bruno y pone allí la taza.)

D. Luis. (*Ap. á don Próspero, que se le ha acercado.*) Quién es ese facha?

D. Próspero. (*Ap. á don Luis.*) Un amigo de don Bruno: Roque... uno de la fábrica.

D. Luis. (*Ap.*) Calla! todavía se trata con aquella gente!—Y qué tal, primo, está usted mas aliviado de su indisposicion?

Bruno. Qué indisposicion? (*Doña Inés tose y le hace señas.*) Ah!... sí, sí... voy mejor... fué... fué un dolor de tripas...

Doña Inés. Mi marido padece algo del estómago.

Roque. (*A Bruno.*) Eso te habrá venido con las pesetas... porque allá tenias un estómago como un buitre! (*Dando un sorbo.*) Huy!... qué amargo! (*Dando golpes en la mesa y llamando á voces.*) Mozo... mozo! aunque sea descortesía, tráeme un poco de azúcar.

D. Luis. (*A doña Inés, riendo con disimulo.*) Es delicioso el señor don Roque!

Doña Inés. Primo, por Dios!

Roque. (*A Bruno.*) De qué se ríe aquel tio?

Bruno. Porque llamas mozo al criado!

Roque. Es verdad... pensé que estaba en la botillería. (*Al criado, que le presenta el azucarero.*) Gracias, jóven.—Calla! aquí hay unas pinzas! qué invencion!

Bruno. Es para tomar los terrones, tonto.

Roque. Vaya pues! (*Al criado.*) Dios te lo pague, chico.

D. Luis. (*A las señoras.*) No tiene precio el amigo don Roque!

Roque. (*Ap. á Bruno.*) Pues el primo no me quita ojo... sabes que me va cargando?

Bruno. No repara en tí... Si está hablando con mi mujer...

Roque. Eso sí!... él no deja de hablar con tu mujer!

Bruno. Qué?...

Roque. Nada.

D. Luis. Y qué tal fué anoche en la ópera, primo?

Bruno. Mal: si no entendí una jota! Allí me dormí en un rincon del palco.—A mí, la Pata de cabra...

D. Luis. Oh! la Pata de cabra!

Bruno. Pedro, dame el aguardiente.

Roque. Sí, sí... venga, venga aguardiente. (*Coje una copa y se hace servir.*) Anda, hombre! el platillo tambien!—Así! (*Todos se rien.*)

Bruno. (*Dándole un pisoton.*) Majadero! dale con el platillo!

Roque. Ya veo que se ríe otra vez el primo... y no le puedo atravesar.

Bruno. Eh! atraviesa el aguardiente y calla.

Doña Inés. (*Levantándose.*) Quieres que demos una vuelta al Prado, Bruno?

Bruno. Quisiera hacer compañía á Roque... pero tú puedes ir, Inesita.

D. Luis. (*Ap.*) Bueno, que irá sola!

Doña Inés. No: si tú no vas, yo tampoco.

D. Luis. Con una tarde tan hermosa!...

Bruno. Es verdad: no dejes de ir. Yo tengo que charlar con Roque.

D. Luis. Si quieres, primita, yo te acompañaré.

Doña Inés. Gracias, primo.

Bruno. No, Inesita: no dejes de ir... mira que me das un disgusto! Y ya que el primo te acompaña...

Doña Inés. Puesto que te empeñas...

Roque. (*Ap. á Bruno.*) Te empeñas en que la acompañe?...

Bruno. Sí; para poder quedarme contigo.

Roque. (*Ap.*) Malorum, malorum!

Doña Inés. Si quieren ustedes dar una vuelta por el jardin, mientras voy al tocador...

D. Luis. Sí, sí... yo dejaré allí á estas señoras y vendré á buscarte, primita. (*Ap.*) Ya pillé una ocasion! esta tarde doy el golpe.—Primo, señor don Roque... hasta la vista. (*Doña Inés se va por la izquierda.—Los demás por el foro.*)

ESCENA VI.

ROQUE. BRUNO.

Roque. Dime, Bruno, entra tambien en la política el reirsen de uno en sus barbas?

Bruno. Por qué lo dices?

Roque. Porque no parece sino que los dos tenemos algu-

na danza de monos... Cuidao con los parientes y amigos que te has echado!

Bruno. Es malicia tuya, Roque.

Roque. Malicia!... ya, ya!—Pues mira... si quieres que te dé un buen consejo...—Vaya, no quiero meterme en la renta del escusado!

Bruno. Habla, hombre!... ahora vas á gastar riquilorios conmigo?

Roque. Pues te digo que tu primo don Luis, es un pitimetre muy acabadito... y muy meloso... y muy pegajosillo...

Bruno. Y qué tiene eso qne ver?...

Roque. Tiene que ver... que yo en tu lugar... vamos... no le dejaria pegarse tanto á mi mujer... ni llevarla á paseo.

Bruno. Y qué mal hay en eso?... Él le tiene mucho afecto á su prima... y le gusta conversar con ella... y nada mas.

Roque. Bueno!... pero en el mundo hay malas lenguas... y...—Ahora se van al Prao juntos, no es esto?—Pues allí dirán las gentes... Miala... miala!... la mujer de don Bruno!—Y es aquel don Bruno?—Cá... no: aquel es un primo de ella!... Pues... y entre primo y prima... *ecetra!*

Bruno. Calla. Quién ha de decir eso!... Y yo que lo oyera!... voto va sanes!—Inesita es muy honrada...

Roque. Eso no es cuenta!... Con todo y con eso, hablarán.—El primo viene aquí de vesita tóos los dias... y se cuela... y te dá la mano, y te soba... Pues eso, Bruno, lo hace pa camelarte... y na mas!

Bruno. Calla, hombre!—Y quieres que la prive de ver á sus parientes?... y que no reciba visitas?... cuando yo sé que por mí no va muchas veces á las tertulias... y yo por ella no hago otras cosas... Ay! Roque!... cómo te envidio la libertad que tienes... tú haces lo que te dá la gana!... y yo, con todas mis talegas... aquí me tienes, esclavo de la corbata... y de las trabas... sin poderme esperezar... sin andar en mangas de camisa... ni comer á gusto...—Canario! te acuerdas allá en la fábrica?... Llegaba el domingo... y ancha Castilla!... Un cabrito asado y un pellejo de vino... y al campo á jugar al morro!

Roque. Y fuera chaqueta... y trago largo!

Bruno. Ven acá... ven acá... vamos á echar un trago como háciamos entonces! (*Se echan licor y beben.*)

Roque. Andando!... como buenos hermanos!

Bruno. (*Despues de beber.*) Ay! Roque!... (*Dándose una palmada en la frente.*) Si yo te dijera!...

Roque. Dilo todo.

Bruno. Roque!... yo soy muy desgraciado!

Roque. Tú?

Bruno. Yo. (*Con misterio.*) Esta vida que llevo... ya no la puedo aguantar!... Hace seis meses que estoy aho-gado!... que estoy jerin... no: ese término no se dice.

Roque. Ya lo he cogido.

Bruno. Esto no puede durar!... el mejor dia se rompe la cuerda... y salto!—Estoy harto de ver que paso aquí por un salvage... estoy harto de que me avergüencen á cada minuto!... Estar siempre aquí embarado y de cuerpo presente... horas enteras oyendo hablar... sin entender palabra!... poniendo buena cara á los que mas me jerin... Otra vez el término!

Roque. Adelante: ya lo he cogido.

Bruno. Te aseguro que sino fuera por lo que quiero á Inesita... ya hace tiempo que hubiera enviado con mil demonios, coche, parientes y mulas... y todo!... y me iria á vivir á mis anchas... al campo con mis compañeros!... Pero si lo hiciera, la pobre Inesita se moria de tristeza!... y como la quiero tanto!...—Y por remate de cuentas... ya me has dado en que cavilar con eso del primo don Luis!... Pues es verdad... que él no deja la ida por la venida... y has de saber que yo no le pongo buena cara... pero nada!... no hace caso!... dice que me quiere dar lecciones de buen tono... y que por eso viene. Pero vamos... eso que me has dicho... es así figuracion tuya?

Roque. Figuracion!... figuracion!... Pues no señor... acabemos: no es figuracion.

Bruno. (*Levantándose.*) Qué dices!

Roque. Mira.—Cuando me estuve antes dos horas ahí en la antesala... me andaba paseando y oyendo mormurar á los criados... Decian que eras el hazme reir de todos los que venian aquí... y que á cada paso estaban pa soltar la carcajáa... porque el primo don Luis, como

es tan pillo, te hacia burla y te remedaba en tus barbas... Y por allí pareció la doncella de tu mujer... y metió su cucharáa, y dijo: «oh!... es mucho don Luisito!... qué rumboso!... no, no!... si yo fuera que la señorita... no le haria penar tanto!»

Bruno. Eso dijo?... Ah! grandísima indina!... El don Luisito, eh?... Voto va Dios!... pues como yo le asiente un...

Roque. Anda, anda!... escandaliza ahora!... yo bien sé que eso es hablar... pero...

Bruno. No... no es hablar! que ahora voy ya atando cabos... y cosas que yo reparaba!... Hola! pues á mí no me la han de pegar, voto va Crispo!—Canastos!... Y se querian ir ahora al Prado, eh?... Pues verás... verás cómo yo...—Qué es eso?

ESCENA VII.

DICHOS. DON PRÓSPERO, *con un ramillete.*

D. Próspero. Soy yo... vengo á decir que ya está puesta la carretela...

Bruno. Y quién le ha mandado á usted que pongan la carretela?

D. Próspero. El señor don Luis... que va á venir por la señorita...

Bruno. Y qué ramo es ese?

D. Próspero. Me ha dicho que se lo traiga á la señorita...

Bruno. Quién?

D. Próspero. Su primo don Luis.

Bruno. El primo don Luis!... y dale con el primo don Luis!... Démelo usted.—Yo se lo daré á mi mujer. (*Le toma con enfado el ramo.*)

D. Próspero. (*Ap. á Roque.*) Qué tiene?... está desazonado?

Roque. (*Ap. á don Próspero.*) Na! retortijones de tripas... Si ha comido pepinos...

Bruno. (*Ap., mirando el ramo.*) Miste qué monadas!... apenas hace un cuarto de hora que se fué y ya le manda ramitos!... y va á venir á buscarla para ir al Prado!... y toda la tarde juntitos!... mirándose... y oliendo

el ramito, y... (*Reparando en un papel que viene entre las flores.*) Dios mio! esto es una carta!... una carta!... Soy!! (*Se deja caer en el sofá.*)

D. Próspero. Don Bruno!... qué es eso!... se pone usted peor?

Roque. Y es verda!—Bruno! qué te ha dao?

Bruno. (*Guardándose el papel y fingiendo serenidad.*) Nada, hombre!... nada!—(*Se levanta.*) Don Próspero... he mudado de pensamiento... (*Dándole el ramo.*) Tome usted... haga usted su encargo... lléveselo á la señora.

D. Próspero. (*Tomándolo.*) Ah!... es el ramo lo que le ha incomodado á usted? Qué tontería! esto no tiene malicia... son galanterías de buen tono...

Bruno. (*Conteniendo la ira.*) Vaya usted... vaya usted, don Próspero... aquí no le dán vela para este entierro... Déjeme usted en paz.

D. Próspero. Perdone usted, don Bruno... yo lo decia...

Bruno. Vaya usted con Dios, le digo!

ESCENA VIII.

BRUNO. ROQUE.

Roque. Algo te escarabajea á tí, Bruno! por qué te tiembla la barba?

Bruno. Ay! Roque!... soy el mas desventurado que hay en el mundo!—Has visto ese ramo? has visto ese condenado ramo? Pues mira lo que tenia dentro!

Roque. Un papel?

Bruno. Sí... es una carta!... una carta para Inés!... la pícara me está engañando!

Roque. Quieres callar!... eso no se dice, ni se piensa de una mujer así!...

Bruno. Pues y esta carta?...

Roque. La carta!... y qué dice la carta?... la has leido por si acaso?...

Bruno. Es verdad!... tú me consuelas, Roque!... No puede ser ella!...

Roque. Léela... anda, ábrela y veamos...

Bruno. (*Temblando.*) Sí... vamos á leerla... dices bien!...—Abrirle una carta!... desconfiar de mi mujer... que me

quiere tanto!... (*Tirando la carta al suelo.*) Maldita sea mi suerte!!...

Roque. (*Levantándola.*) Eh!... cobarde!... las cosas claras... á salir del paso... (*La abre.*) Se lée... y al vao ó á la puente!—(*Lée.*) «Prima mia...»—Del primo es.—«No puedo resistir mas: al amor pasagero se puede imponer silencio; pero á una pasion violenta, no es posible. Por librar de la miseria á tu padre, has dado la mano á un hombre que no te merece... á un rústico... que no puede inspirarte cariño, ni es capaz de apreciar tus encantos. Ese hombre fatal te tiene privada de la sociedad... pues no te atreves á presentarte en ella por no avergonzarte de tu marido...»

Bruno. (*Con amargura.*) Avergonzarse de mí!...

Roque. (*Continúa.*) «Yo te consolaré de esa desgracia... yo que te adoro... y espero de tí siquiera una palabra... una mirada de amor!... Si traes en la mano este ramillete será señal de que correspondes á mi pasion. Ah! por semejante felicidad, daria mi vida.»—Tunante!

Bruno. (*Frenético.*) Sí... Sí!... darás la vida... la vida... infame!

Roque. Calma, Bruno... calma!... no escandalices...

Bruno. Avergonzarse de mí!... si eso fuera verdad!...

Roque. Eh!... no digas barbaridades!... No ves por el hilo de la carta que ella está inocente de tóo?... Tu mujer es honráa, Bruno... y no hay que escandalizar la casa.—Na! Punto en boca!... echas á la calle á ese pillastre... y náa mas.

Bruno. (*Con ímpetu de ira.*) Nada mas?... Eso es!... y quitarle el sombrero... y darle los buenos dias!—De dónde sacas tú que esto se ha de quedar así?... Yo quiero matarlo!... yo voy á matar á ese hombre!... á hacerle comer la carta!... A tirarle por el balcon... ó que riña conmigo!...

Roque. Calla, hombre!... él no ha de querer reñir á puñetazos, que es como tú sabes.

Bruno. A todo, á lo que quiera...

D. Luis. (*Dentro.*) No se ha vestido todavía?

Bruno. Ahí viene.

Roque. Bruno, Bruno, ten cachaza... no te precipites!...

Bruno. Pierde cuidado.

ESCENA IX.

ROQUE. BRUNO. DON LUIS.

Bruno. (*Fingiendo á duras penas.*) Hola, es usted... señor primito!...

D. Luis. Yo soy muy puntual... pero la primita no está vestida segun veo?

Bruno. No tardará... sabiendo que la espera el señor primito!...

Roque. (*Ap.*) Vamos, Bruno.

D. Luis. Ya está la carretela...

Bruno. Sí; y don Próspero la ha ido á dar el ramo que la enviaba el señor primito...

D. Luis. Calla... me habla usted, don Bruno, con un tono tan particular...

Bruno. De veras?... señor primito...

Roque. (*Ap.*) Bruno, Bruno!

D. Luis. Quizá estaban ustedes ocupados, y yo he venido á estorbar.—Me voy, me voy adentro á buscar á mi prima.

Bruno. (*Poniéndose delante.*) Haga usted el favor de aguardar aquí un ratito con nosotros.

D. Luis. Perdone usted; mi prima estará esperando... (*Quiere irse: Bruno le detiene agarrándolo de las solapas con ambas manos.*)

Bruno. Quieto aquí, digo!... quieto aquí!—Acabemos de una vez. No tiene usted ahora que tratar nada con mi mujer, señor primo; y aunque la vea usted sacar el ramo en la mano, sepa usted que no es seña de nada... porque nada sabe... porque yo he descubierto lo que puso usted en el ramo... gran bribon!

D. Luis. (*Ap.*) Me ha pillado!... pecho al agua!—Entiendo, señor don Bruno... salgamos cuando usted guste.

Bruno. (*Fuera de sí.*) Salgamos, sí señor.—Pero diga usted, señor primo, y si yo me vengase de usted sin salir de aquí, no sería bien hecho?

Roque. No te ciegues, Bruno.

Bruno. Conque mi mujer debe avergonzarse de mí?... y por qué... porque soy un patan rústico y grosero, no es verdad? Pues bien, si el patan se valiese de las armas que le ha dado la naturaleza... (*Enseñándole los

puños.) estas, estas... y lo tirase á usted por ese balcon... ó le dijese á usted, «señor primo, en guardia, que allá voy á sacarle las entrañas...» diga usted, diga usted, no sería bien hecho?

Roque. Vamos, que te ciegas.

D. Luis. (*Sonriendo.*) Confieso en verdad que esa clase de duelo...

Bruno. No le acomodaria á usted?... ya lo veo... podria descomponerle los tufos... ó arrugarle la corbata...—Usted quiere la espada ó la pistola, porque sabe jugarlas. Eso entra en la educacion que les dán á ustedes para que luego puedan introducirse en casa de un hombre honrado, y darle la mano y llamarle amigo mio... y seducir á su mujer y deshonrarla... y luego matarlo en regla con el florete!... Pues no me importa; eso no me quitará que apañusque la carta y se la tire á usted á los hocicos! (*Lo hace.*)

D. Luis. (*Con rabia.*) Señor Bruno...

Bruno. Eh!... no me alce usted el gallo, porque le agarro...—Vámonos; la carretela está puesta; vámonos. (*Llevándoselo.*)

Roque. (*Levantando la carta.*) Yo iré de testigo; al avío...

Bruno. (*Al salir.*) Dios mio, Inés!...

ESCENA X.

DICHOS. DOÑA INÉS, *vestida de paseo con el ramo.*

Doña Inés. Ya estoy lista: vamos, primo?

D. Luis. Perdona, primita; venia á rogarte que me disimuláras... no me acordaba que tenia un negocio urgente. En fin, no me es posible acompañarte.

Doña Inés. Cómo?

Bruno. Sí, querida Inesita, disimúlale: tiene un negocio, y yo tambien voy con él. Se nos habia olvidado...

Roque. Eso es.

Bruno. (*Ap. á Roque.*) Quédate aquí para que no sospeche.

Roque. (*Ap.*) Me gusta!...

Doña Inés. Y se puede saber qué negocio es ese tan urgente?...

Bruno. No hay tiempo... es largo de contar... Roque te dirá... (*Empujándolo hácia ella.*) Anda!

Roque. Es que yo...
Doña Inés. Díganme ustedes á lo menos...
Bruno. Luego... luego... al momento vuelvo...
Doña Inés. Pero siquiera...
Bruno. Vámonos, primo... vámonos.

ESCENA XI.

ROQUE. DOÑA INÉS.

Roque. (*Ap.*) Yo no me quedo aquí! (*Al irse le detiene doña Inés, que se ha quitado chal y sombrero.*)
Doña Inés. Dígame usted, Roque!...
Roque. (*Ap.*) Me cortó!
Doña Inés. Fsplíqueme usted qué significa esta ida repentina...
Roque. (*Ap.*) El diablo me lleve si yo sé qué decirla! (*Óyese marchar el coche.*) Ya se han ido! quién los atrapa ahora!
Doña Inés. Roque! no quiere usted responderme?
Roque. Pues no he de querer! vaya!... por qué no habia de querer? Tóo ello no es mas que una futesa... Náa! Dos hombres que dicen... «Canario! pues se nos ha olvidao aquel negocio!» y uno dice... «voto va sanes! pues es verdad!» y el otro dice... «Pues, canastos! á mí no me gusta que las cosas se queden así por hacer... Ya sabe usted... bonito es Bruno! mas listo que Cardona!... y lo mismo es ver trastos por medio... ya, ya! lo propio que mi padre que esté en gloria... y que el amo don Bernardo que esté en gloria. Pero no tiene usted que tener cuidiado... no tarda un credo... toma! con ese par de mulas... vaya un tronco!... y de aquí adonde van á... (*Ap.*) A que lo encajo!
Doña Inés. Roque... usted se turba... algun misterio hay aquí... ah! no trate usted de ocultármelo... Qué tenia mi marido, dígamelo usted... ah! dígamelo usted por Dios!... Aquí han estado ustedes dos hablando largo rato... Qué le ha dicho á usted Bruno?
Roque. Náa!... hemos estado hablando como buenos amigos... pero lo que hemos hablado...
Doña Inés. Ah! cuéntemelo usted... los secretos de mi marido me pertenecen... yo soy su mujer... yo le amo...

ha ocurrido alguna desgracia? Roque, hable usted... yo se lo suplico!

Roque. Dale! Señora, si es un secreto muy reservao, muy reservao!... y si se lo digo á usted, y luego... (*Ap.*) Ya puede que esten riñendo... voto va sanes!

Doña Inés. Yo lo callaré... le doy á usted mi palabra... hable usted... hable usted.

Roque. (*Ap.*) Bien mirado... no sé yo por qué no se lo he de decir.—Pues, señora, su marido de usted es todo un hombre!... y capaz de dejarse quemar vivo, primero que darle á usted una pesadumbre tamaña como una almendra.—Usted por su parte es una mujer como Dios manda... honradota... sin vanidad...

Doña Inés. Pero al caso...

Roque. En fin, de lo que hay poco... sin agraviar á nadie. Los dos están ustedes parejos por lo tocante al efecto... pero, amiga, por lo tocante á lo demás del mundo... vamos, Bruno está muy debajo. Él ha querido, el pobre, dende que se casó, tratar de ver cómo se domesticaba un poco... y todo por ponerse á la par de usted... no tenia mas pio que ese! soltar el pelo de la dehesa, y trabajar por convertirse en un pitimetre de Madrid.—Pero el probecillo se ha desengañao de que eso es punto menos que imposible... porque lo que no se mama... y aunque la mona se vista de seda!... Por fin, él se martiriza, y qué saca en limpio? náa!... hacer el oso... y que todos se burlen de él... él lo ha conocido... y está que no puede mas.—Velay lo que me decia endenantes... pero muy quedito, muy quedito... por miedo de que usted lo oiga.

Doña Inés. Dios mio, qué me cuenta usted! Eso es lo que le tiene triste... y él nada me ha dicho!

Roque. Pues! y me decia... cuidado, Roque! no quiero que mi Inesica lo sepa... yo me lo pasaré solo... pero á ella, náa!...

Doña Inés. Es posible!

Roque. Toma!... y celoso que está tambien... y me lo decia con unos lagrimones!

Doña Inés. Qué dice usted? celoso?

Roque. No hay miedo que lo confiese! por no darle á usted pesadumbre es capaz... vaya! y pondrá buena cara á todos... y hasta al mismo don Luis...

Doña Inés. Luis?...
Roque. Ya se me escapó!
Doña Inés. Es ese?... y por qué no me lo ha dicho? Precisamente hace tiempo que el tal primo me está cansando tanto con su pesadez!
Roque. (*Con alegría.*) Verdad que sí?—Eh! bien decia yo, que con todos sus visajes no podia usted tenerle voluntad.
Doña Inés. Yo! Y qué! mi marido ha sospechado?...
Roque. Cá! Bruno sospechar de usted? no faltaba mas!
Doña Inés. Pues entonces, qué misterio es este? por qué han salido?
Roque. Por qué! por qué!—Toma! porque en ese ramo que lleva usted ahí... y que le envió de regalo su primo...
Doña Inés. Qué?
Roque. Toma! habia una carta... y en la carta, una declaracion de amor... y en la declaracion de amor... motivo para que dos hombres se rompan el alma.
Doña Inés. (*Tirando el ramo.*) Dios mio! han ido á batirse!
Roque. Vamos, señora, no hay que apurarse.
Doña Inés. Han ido á batirse! y usted que se llama amigo suyo, le ha dejado ir! (*Déjase caer en el sofá.*)
Roque. Sí señora! lo he dejado!... porque Bruno debia batirse... porque su marido de usted no debe quedar por collon... y yo iba de testigo, sí señora! y me he quedado porque él me lo dijo... pero ahora voy en dos zancadas á buscarlos... no habrán ido lejos... yo los encontraré. (*Óyese el ruido del coche.*)
Doña Inés. (*Levantándose.*) Un coche!
Roque. (*Yendo al balcon.*) Ah! él es!... ya baja!... no hay miedo! ha saltado de un brinco!
Doña Inés. (*Que tambien se ha asomado.*) Sí, él es!... y viene bueno. Ah! Dios mio! yo te doy gracias!
Roque. Señora, acuérdese usted que esto es un secreto, y que me dió usted palabra...
Doña Inés. La cumpliré.—Ah! si... ahora, bien sé yo cuál es mi deber. (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA XII.

BRUNO. ROQUE.

que. Ea! bendito sea Dios! mi buen Bruno! (*Le toma la mano.*)
uno. Ay! que me haces daño!
que. Cáspita! estás herido?
uno. Sí... en esta mano... pero no es nada... un arañazo. Ojalá me hubiera atravesado de parte á parte!
que. Vaya una idea!
uno. Sí! porque entonces no me hubiera visto humillado por ese señor primo!... allí mismo se burlaba de ni torpeza... porque no sé jugar la espada... y así cono quien dice... «te perdono!...» se contentó con desarmarme y hacerme un rasguño! y ahora me obliga reconocer su generosidad! Ah! eso es lo que me quena... lo que me desespera! Mañana se sabrá, y todos e reirán de mí... y á él... oh! le harán muchos elogios por su generosidad, por su destreza. Ya se ve! no ay cosa mas noble que dar un pinchazo á un enemigo ue en su vida ha cogido una espada. Ah! otra nueva umillacion que me guarda la sociedad... Ay! qué sociedad!—Roque, yo no puedo mas! esto tiene que acaarse.—Tú eres mi amigo, no es verdad?
que. Hasta la muerte!
uno. Pues bien! tú te vienes conmigo.
que. Contigo! adónde?
uno. Me marcho... sí... me marcho... contigo solo! sta noche nos vamos! á soltar este yugo... á dejar sta sociedad que no quiere recibirme... que me escarece... que me escupe á la cara! (*Aparece doña Inés la puerta de la izquierda.*) Por lo tocante á Inés... o faltaré al juramento que la hice... no la obligaré á na vida que no es de su gusto... que viva dichosa searada de mí, ya que estando juntos no podemos ser feces! Yo la dejo esta casa... y las tres cuartas partes e mi hacienda... y me separo de ella para siempre! í, porque no quiero verla avergonzarse de mí! (*Doña nés quiere llegar: Roque con una seña la detiene.*)
ue. Bruno! que estás diciendo?... separarte de tu ujer!...

Bruno. No hay remedio! esta noche! Yo no sufro ni un dia mas la burla y el escarnio de esta sociedad. Ay! Roque... yo adoro á mi mujer... daria mi vida por mi Inés... pero ya que no puedo elevarme hasta ella...

ESCENA XIII.

DICHOS. DOÑA INÉS.

Doña Inés. Ella bajará hasta tí!

Bruno. Inés!

Doña Inés. Sí, mi querido Bruno: tu corazon merece que yo deje por él la córte y la sociedad... Y sobre todo, merece... (*Con ternura.*) que no te vuelvas á esponer por mi causa á otro peligro!—Esta noche marcharemos...

Bruno. No, Inés!

Doña Inés. Sí: marcharemos á Alcalá... allí está mi padre... allí viviremos felices los tres! (*Abriéndole los brazos.*)

Bruno. (*Abrazándola.*) Ah! (*Alargando la mano con estremo gozo á Roque.*) Los cuatro!...

Doña Inés. (*Dando la mano á Roque, que llora de alegría.*) Sí... los cuatro!

FIN DE LA COMEDIA.